

3-30-2015

## La ocarina: hija de los Andes

Manuela Ball-Camurdan

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

---

### Recommended Citation

Ball-Camurdan, Manuela. 2015. La ocarina: hija de los Andes. *Revista Surco Sur*, Vol. 5: Iss. 8, 72-73.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.5.8.29>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol5/iss8/30>

This CULTURA Y SOCIEDAD is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact [scholarcommons@usf.edu](mailto:scholarcommons@usf.edu).

Manuela Ball-Camurdan

# La ocarina: hija de los Andes

CULTURA y SOCIEDAD

Cuando la madrugada le cede el paso matutino al alba, ésta ilumina al Sur y reverdece sus anhelos. En algún rincón de las vastas formaciones montañosas andinas, se percibe el eco del delicado timbre de la ocarina, un pequeño instrumento musical de viento hecho de barro cocido proveniente del sur de nuestra bella América. Sus pobladores, quienes le atribuían propiedades mágicas y curativas, la llevaban colgada del pecho para entibiar los surcos de su alma cuando alguna nostalgia se le adhiriera a la memoria. Se utilizaban asimismo para imitar el llamado de las aves o como enseres de cortejo.

Es tan diminuta que podría caberle en la palma de su mano. La dulzura casi sublime de sus melodías pareciera darle tregua a las gélidas ventiscas, abrigando con ternura el paso de los caminantes al ascender hacia las escarpadas superficies de nuestros Andes. Por milenios, ha sido la dulce compañera del amerindio. Allí, colgada de su pecho, entre las fronteras del corazón, es testigo de sus latidos, melancolías y vehementes deseos. Su sonido rememora asimismo las caricias del viento sobre las quebradas que van arando las siluetas sobre las majestuosas cordilleras o las extensas mesetas de nuestro irrepetible continente americano. La ocarina es, sin duda, un canto a la vida, un retoño musical de los valles y altiplanos andinos.

Esta pequeña flauta forma parte de la amplia gama de riquezas y expresiones culturales del amerindio. Su solemnidad evocativa pone de manifiesto las numerosas manifestaciones musicales que se remontan a la época precolombina de la zona andina y centroamericana. No obstante, los silbatos de barro cocido se encuentran presentes en diversas culturas y continentes, entre ellos África, Asia, la India y Europa.

Según indican las investigaciones de la etnomusicóloga y compositora argentino-venezolana Isabel Aretz en su obra *América Latina en su música*, "los aerófonos constituyen el grupo más numeroso de los instrumentos melódicos precolombinos, siendo los más representativos del altiplano sudamericano la flauta de pan y la quena. Existió, además una gran variedad de flautas y de trompetas naturales que también sobreviven en la tradición oral".

Durante la América prehispánica (hace unos doce mil años), nuestros aborígenes – entre ellos los incas, mayas, quechuas y aimaras – utilizaban la ocarina acompañada de quenás y zampoñas en festivales, rituales y ceremonias sagradas. La ocarina mejicana fue asimismo uno de los recursos instrumentales de la antigua música azteca. Se toca principalmente en Perú, Bolivia, Ecuador, Venezuela, norte de Chile y Argentina, extendiéndose a toda la región mesoamericana. Asimismo, registros arqueológicos indican la existencia de ocarinas en forma de pájaros en la India tan temprano como 5,000 A.C. China, a su vez, tiene su propia versión de la ocarina llamada "Xun", una flauta similar aunque más redondeada.





Sin embargo, algunas teorías han en vano aspirado usurpar el legítimo origen de esta joya instrumental: los europeos – así como los españoles han pretendido arrebatarse el protagonismo a la nación peruana sobre el origen al cajón, instrumento de percusión— afirman que ésta proviene de Italia, cuando en realidad esta peculiar flauta andina llegó al “viejo continente” junto al insaciable botín de las campañas de conquista europeas. Allí y por más de tres siglos, fue considerada como un juguete. Durante la Primera y Segunda Guerra Mundial, se les proporcionó a menudo una ocarina de bolsillo a los militares para impulsar la moral o apaciguar las ráfagas de terror y lloviznas de soledad propias de la batalla. Como resultado, la ocarina fue ganando popularidad tanto Estados Unidos como en diversas naciones de Europa durante el siglo xx.

Uno de los rasgos más distinguidos de esta flauta globular (categorizada en sí como instrumento de aliento y no de viento), además de sus pequeñas y compactas dimensiones, es que se utiliza como un colgante. Existe una variedad de tipos de ocarina, con dos, cuatro, seis, ocho y diez agujeros, siendo esta última la más corriente en la actualidad. La sonoridad de esta flauta varía en función del tamaño y número de agujeros. Su tono depende de la relación entre el volumen del aire y el área del agujero cubierta o descubierta por los dedos del intérprete. El timbre varía igualmente de acuerdo al tamaño del instrumento. Es fabricada en distintos materiales, principalmente en arcilla o cerámica pero son igualmente elaboradas con madera, metal y plástico. Generalmente, su silueta tiene forma ovalada y alargada, pero su morfología puede ser transversal, de múltiples cámaras, redonda o con diseños de animales.

La ocarina es sonido, voz y eco del espíritu andino... Es hija de los Andes, e indudablemente, patrimonio de nuestro vasto acervo musical andino. Es un profundo canto de amor que honra las ancestrales raíces de nuestras expresiones culturales y el mágico crisol de civilizaciones que han poblado a la gran América.